Tras la muerte de Perón. 3.21.bis

LA INCOGNITA ARGENTINA.

J. Solé-Tura

El segundo mandato de Perón ha sido, desde luego, muy diferente del primero. La Argentina de 1970 no es ya la Argentina de 1945.

Entonces, al terminar la II Guerra Mundial, Perón pudo encabezar un movimiento nacionalista que agrupaba fuerzas diversas, desde la burguesía enfrentada con la oligarquía ganadera, hasta las masas populares urbanas, exasperadas por la crisis. El viejo imperialismo británico, fuertemente implantado en Argentina, entraba en la pendiente de su decadencia y no podía ser enemigo serio ante un movimiento populista y nacionalista como el que encabezaba Perón.

El Estado justicialista fué, pues, el instrumento de una vasta ofensiva económica que desarboló la vieja sociedad agraria y sentó las bases para una fuerte acumulación de capital industrial. Tras el vendaval peronista se forjó una burguesía financiera que no tardó en reclamar el ejercicio del poder, por encima de la burocracia del movimiento justicialista, que le había abierto el camino.

Pero el régimen de Perón se apoyó también en las grandes masas urbanas, encarnó las aspiraciones antiimperialistas y el afán reivindicativo de éstas. Fué ese arraigo popular y fué su orientación claramente opuesta a los grandes imperialismos británico y norteamericano lo que dió al peronismo la fuerza y la profundidad de que carecieron otros movimientos parecidos como el varguismo en Brasil, y el A.P.R.A. en Perú.

Cuando el gran capital norteamericano hubo recuperado su plena capacidad de maniobra en los años cincuenta [redacted] (al tiempo que su competidor británico empezaba a estar fuera de juego), las cosas comenzaron a cambiar. La redistribución de recursos operada por Perón y Evita en favor de las masas populares llegó a un límite. El capital argentino y el capital norteamericano exigieron orden y contabilidad. Y ante esto, Perón se encontró con la alternativa de abandonar sus bases populares y convertirse en el instrumento directo y

único del gran capital o romper con éste y lanzarse por una vía revolucionaria, mediante la movilización de las masas.

Era, de hecho, una falsa alternativa, porque el tipo de relación entre Perón y las masas hacía imposible una movilización duradera de éstas. Era una relación carismática y nada más. Perón llamaba a las masas, pero no las organizaba. Las halagaba y satisfacía algunas de sus necesidades profundas, pero no les daba conciencia de su propia fuerza. Estas carecían de iniciativa propia: todo pasaba a través de la mediación del líder.

Ante esta situación, a las clases dominantes les resultó relativamente fácil aislar a Perón y prescindir de él. A partir del golpe de 1955, que derrocó al líder "descamisado" y que los militares triunfantes calificaron de "Revolución Libertadora", se inició una nueva etapa en el proceso de acumulación. La burguesía argentina se alió con el gran capital norteamericano y pactó con la vieja oligarquía ganadera. En cambio rompió su caduca alianza con las masas populares y se dispuso a acumular capital sin pagar el tributo que el peronismo le exigía para conservar el apoyo del pueblo. La lucha de clases entró en una nueva fase.

Los dieciocho años que mediaron entre el derrocamiento de Perón y su vuelta plena al poder fueron años de intenso desarrollo del capital monopolista y de no menos intensa implantación del capital norteamericano. Argentina dejó de ser una sociedad esencialmente agraria, para convertirse en un país industrializado. Se consolidó la dominación de la burguesía financiera, aliada a los norteamericanos. Pero se desarrolló igualmente un proletariado, fuertemente concentrado.

Hasta 1966, las clases dominantes de Argentina intentaron diversas fórmulas de poder para consolidar su dominación y romper el aglutinante peronista, que se mantenía entre las masas populares como fermento movilizado y unificador. Fueron fórmulas militares y civiles, en las que se conservaba a duras penas el sistema parlamentario y el juego de los partidos políticos.

En 1966, el golpe militar del general Onganía dió un cambio brusco a la situación. Fué el intento de aplicar en Argentina el modelo brasileño de desarrollo del capitalismo monopolista: una dictadura militar, como instrumento de la burguesía financiera y del capital norteamericano. Esto fué lo que sus autores bautizaron con el nombre de "Revolución Argentina".

Pero el intento fracasó. La nueva clase obrera se agrupó y movilizó políticamente tras el viejo estandarte

peronista. La poderosa Confederación General del Trabajo (C.G.T.) seguía estando en manos del peronismo. Y aunque sus dirigentes estaban divididos y buena parte de ellos eran verdaderos gangsters al servicio del capital, la poderosa estructura sindical servía también de plataforma para otros dirigentes y para las masas en lucha. La famosa sublevación de Córdoba (el "cordobazo" de de 29 de mayo de 1969 lo demostró.

Entre 1966 y 1969, la dictadura militar había frenado el movimiento obrero. Se había establecido el control estatal de los salarios y el número de huelgas había disminuído. A partir del "cordobazo" las luchas sociales experimentaron un auge espectacular y la dictadura de Onganía no tardó en vacilar . En 1970, Onganía fué reemplazado por Levingston y éste negoció en seguida con los dirigentes sindicales derechistas -- la "burocracia sindical" -- para intentar neutralizar con su ayuda al movimiento obrero.

Esta simple narración nos explica ya algo fundamental, algo que constituye el rasgo distintivo de Argentina. Y este algo es que el peronismo ha constituído a lo largo de estos años la plataforma política, ideológica y hasta organizativa de un movimiento obrero fortalecido por el propio desarrollo industrial. La ideología populista y nacionalista del peronismo ligaba, además, a las masas obreras con importantes sectores de la pequeña burguesía y de la burguesía media. Y esto constituía un obstáculo de grandes dimensiones para los proyectos políticos y económicos del gran capital.

Estos proyectos sólo podían ir adelante rompiendo el factor político que aglutinaba a las masas, es decir, rompiendo el peronismo. Y puesto que el peronismo no se podía romper desde fuera (como había demostrado lo ocurrido desde 1955) había que romperlo desde dentro. Y para ello había que recurrir al propio Perón.

No hay que olvidar que en los últimos ocho o diez años se había desarrollado una importante corriente revolucionaria dentro del peronismo. Habían surgido organizaciones peronistas guerrilleras como las F.A.P. y los Montoneros. Y junto a ellas, se habían desarrollado otras, al margen del peronismo pero muy ligadas a éste. Las Juventudes Peronistas adquirían una fuerza extraordinaria con planteamientos radicales y

y avanzados.

Para ellas, el peronismo era sinónimo de socialismo. El justicialismo era la vía argentina al socialismo. Y detrás de esta bandera empezó a desarrollarse un importante movimiento de masas antiimperialista.

El gobierno Lanusse fué, pues, una especie de puente para preparar la gran operación de regreso de Perón. Y Perón, efectivamente, regresó.

Tras haber despejado el terreno -- peligrosamente inclinado hacia las Juventudes Peronistas y [redacted] otros sectores [redacted] de izquierda con el gobierno de Cámpora -- Perón estabilizó su poder. Pero no era ya ni podía ser un poder al servicio de un proyecto antiimperialista y nacionalista como el de 1945. De hecho, Perón se planteó en su segunda etapa dos objetivos centrales: estabilizar el gobierno frente a los militares y frente al empuje de las masas populares; sobre esta base, impulsar la acumulación monopolista negociando [redacted] nuevas [redacted] condiciones de la relación con el capital norteamericano.

Con los militares llegó rápidamente a un compromiso. Con las masas populares, ya fué otro cantar. Apoyándose en la burocracia sindical derechista y corrompida, impuso un pacto social [redacted] mediante el acuerdo entre la patronal (C.G.E.) y los sindicatos sobre el control de los salarios. Pero para seguir esta política tuvo que lanzar una ofensiva creciente contra las Juventudes Peronistas y contra los sectores más radicalizados del movimiento obrero, del movimiento estudiantil y de la pequeña burguesía nacionalista. Y con esto creó una tremenda tensión en el seno del propio justicialismo. De hecho, la unidad de éste -- ya muy resquebrajada tras los enfrentamientos del 1º de mayo -- sólo se mantenía hasta ahora por el peso del propio Perón y por la incapacidad de todos los sectores de plantear una alternativa de masas fuera del peronismo.

[redacted] Esta orientación de Perón reforzó, naturalmente, el peso de los sectores más derechistas del justicialismo, empezando por su propia esposa, María Estela Martínez de Perón -- hoy presidenta de la República --, por los dirigentes más vinculados a ésta y por la burocracia sindical.

Mientras tanto, la izquierda empezaba a sumirse en la desorientación. Mientras un sector de la Juventud Peronista se inclinaba por la ruptura, otro sector preconizaba la continuación de la lucha en el seno del movimiento peronista.

Esta es la situación existente al producirse la muerte de Perón. No creo que las clases dominantes hayan tenido tiempo de estabilizar claramente su dominación política a través del

22.5

equipo peronista. Por eso se verán obligadas a sostener a los herederos de Perón -- es decir, a María Estela Martínez y sus seguidores --, pero imponiendo ciertas [redacted] recomposiciones en el gobierno -- por ejemplo, dando un mayor peso a los radicales de Balbín y otros. Si esta solución no se estabiliza, no está descartado el recurso a un nuevo golpe militar, El problema es que [redacted] esta vez un golpe militar tendrá que ir mucho más lejos y desencadenar una represión de masas, como en Chile y Uruguay. Y esto no se prepara en un día.

Las fuerzas populares se encuentran, a su vez, en momentos difíciles. Para movilizar a las masas deben seguir operando todavía dentro del ámbito del peronismo. Para impedir un golpe militar, deberán apoyar al gobierno de María Estela. Pero al mismo tiempo, sólo podrán conseguir una movilización importante, si se desmarcan progresivamente del peronismo sin Perón y destruyen las ambigüedades interclasistas y populistas de éste. Y todo esto exige, igualmente, tiempo.

Es posible que las cosas se precipiten. Es posible que los sectores más radicales de la izquierda -- peronista o no -- lancen una ofensiva [redacted] prematura, que rompa el actual equilibrio y provoque una ofensiva dictatorial de las clases dominantes. Es posible que éstas, a su vez, quieran aprovechar el desconcierto y la postración del pueblo para hacerle retroceder. De momento, parece que lo más lógico es que intenten hacerlo a través del propio aparato peronista -(el gobierno y la burocracia sindical). Pero la presión norteamericana y la presión no menor de los vecinos (Brasil, Uruguay, Paraguay, Chile, Bolivia) pueden acelerar los pasos hacia las soluciones militares drásticas.

[redacted] La muerte de Perón significa, a corto o largo plazo, la muerte del peronismo. Pero éste seguirá teniendo un peso importante en la vida política argentina. Y aunque pronto los diversos y contradictorios elementos que hoy constituyen el peronismo darán lugar a dos o más peronismos opuestos, es posible que como fermento político del movimiento popular el peronismo tenga todavía un lugar en el mausoleo de las doctrinas y de los movimientos revolucionarios de los pueblos de América.

"El Noticiero Universal", 6 julio 1974